

MANEL OLLÉ

ISLAS DE PLATA,
IMPERIOS DE SEDA

JUNCOS Y GALEONES
EN LOS MARES DEL SUR

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Manel Ollé Rodríguez
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

La edición de este libro ha recibido apoyo del proyecto de investigación del grupo ECERM de la Universitat Pompeu Fabra «Mediaciones Culturales en los Imperios Ibéricos: Diplomacia Intercultural y Misiones en Asia y el Pacífico (siglos XVI-XVIII)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, IP Joan-Pau Rubiés (HAR 2016 79496-P).

En la cubierta, acuarela china de un sampán (c. 1800)

ISBN: 978-84-19036-13-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 16 864-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Cartas de navegación</i>	7
<i>Mapa de Asia Oriental</i>	18
1. EL EUNUCO Y LOS JUNCOS DE ULTRAMAR	19
Las jirafas de la Ciudad Prohibida	19
Las siete expediciones del eunuco	22
Díásporas en los mares del Este y del Oeste	29
En el Mediterráneo del mar del monzón	37
2. HAY ISLAS MÁS ALLÁ DEL POLO	40
Seda y paños en abundancia	40
El conquistador conquistado	43
Otras islas, otros puertos	64
Los naufragios en las islas de Cipango	81
Cuando dos o tres centros del mundo se encuentran	110
Del virreinato de las Indias Orientales	120
El querer del cielo y los ojos de gato	136
3. UNA CORONA PARA DOS IMPERIOS	151
El sol se pone entre Manila y Macao	151
Ibéricos en Asia	158
Un Maluco sin especias	171
4. EN LA NAO DE CHINA	180
Se abre el mar	180
Castillos en el océano	201
El lago de plata y el mar sangley	212
El monocultivo del Galeón	228
Intangibles a bordo	236

5. LOS CHINAS FIELES E INFIELES DE LUZÓN	254
Entre el barrio y el océano	254
Los chinas sangleyes	266
De intramuros a la alcaicería del Parián	278
La rebelión de los sangleyes	288
6. ENTRE PIRATAS Y CONTRABANDISTAS	312
Los otros, los piratas	312
Cinco décadas sin corsarios	317
De Flandes a Batavia	321
Nicolás Iquan, el Cuesing y el Sipuan en Manila	327
7. LA ISLA HERMOSA	355
En la isla aislada de Pakan	355
Los naufragos y los cazadores de cabezas	360
La Compañía Holandesa de las Indias	
Orientales en Fort Zeelandia	365
Quimaurri y taparri	373
Dieciséis años en la isla Hermosa	378
8. GRAMÁTICOS, MISIONEROS Y DIPLOMÁTICOS	398
Juan Cobo y los ladinos invisibles	398
La luna lejana de Michele Ruggieri	410
Diego de Pantoja en Pekín	424
Confinados en Cantón	442
El «Arte de la lengua mandarina»	452
<i>Final de trayecto</i>	468
<i>Bibliografía</i>	473
<i>Índice de topónimos</i>	501
<i>Índice onomástico</i>	507

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

CARTAS DE NAVEGACIÓN

De las rutas que se transitarán, de los puertos en que se atracará, de las corrientes, los vientos y derroteros que nos guiarán, de las tripulaciones, del cargo y de las razones que aquí se interrogarán

Si los títulos de los libros pudiesen ser tan prolijos y detallados como lo llegaron a ser en siglos pasados, quizá este libro podría haberse titulado *Islas e Imperios de seda, plata, porcelanas, esclavos, creencias, especias, espejismos, libros y semillas: diásporas, contrabandistas, misioneros y mercaderes castillas, criollos novohispanos y chinas sangleyes; así como portugueses, holandeses y japoneses, juncos, pataches, naos, sampanes y galeones en los Mares del Sur.*

Valga, sin embargo, el título sintético actual como una versión abreviada y sin duda más razonable, que contiene de forma germinal este algo abultado y enumerativo título alternativo. Uno y otro ponen de manifiesto la voluntad de convocar en un solo cuadro apaisado a los distintos actores de un escenario de intervalos marítimos y fronterizos, manileños, fujieneses, sino-hispánicos y transpacíficos, que, entre el siglo XVI y el siglo XVII, acoge contactos, tensiones y transformaciones mutuas sin precedentes.

El título largo no viene sino a recordarnos que son múltiples los protagonismos, los escenarios y los objetos de deseo a analizar en este libro, y que, justamente, el esfuerzo se orienta aquí a intentar dar cabida a esta diversidad, renunciando a limitarnos a cualquiera de las perspectivas que podrían, por sí solas, merecer una justificada y detalladísima atención.

Aunque nos ocuparemos principalmente de las relaciones entre la costa *minnan* del sur de Fujian y la isla Luzón, entre

la costa del Pacífico hispanoamericano y la costa del Pacífico asiático, entre los manileños y los chinas sangleyes (también así los llamaban), no se persigue un relato meramente bilateral sino-hispánico. La red de interrelaciones que permita enlazar los mimbres de una imagen de conjunto es lo que aquí se busca.

Hablaremos de los imperios, las diásporas, las rutas y los enclaves en liza; del comercio y la diplomacia intercultural asiática, de los regalos y las cartas que se enviaron, de los conflictos y las coexistencias que se dirimen durante el último tercio del siglo XVI y los dos primeros tercios del siglo XVII en las costas, las islas y las aguas de los Mares del Sur. Preferiremos, en este libro, hablar de *la Mar del Sur* que acuñó Núñez de Balboa y que se usaba asiduamente en aquellos tiempos, a la denominación hoy prevalente de *océano Pacífico*, que bautizó Fernando de Magallanes tras su primera travesía, y que también se usaba en aquel período, hasta que, en el siglo XIX, se acabó imponiendo.

El plural de *los Mares del Sur* nos aleja de la épica heroica que suscita el huero intervalo azaroso entre Manila y Acapulco, entre las islas y las costas lejanas de Asia y América. Nos ocuparemos de un conjunto de mares: tanto los que rodean y conectan las costas hispanoamericanas como los que rodean y conectan las costas e islas de Asia Oriental y, evidentemente, también el gran océano que se abre entre uno y otro ámbito, jalonado por remotos archipiélagos micronesios, como el de las islas de los Ladrones (Marianas). Son éstos unos mares que ya no es lícito ver meramente como barreras infranqueables, ni como meros abismos vacíos entre viejos y nuevos continentes. Los Mares del Sur se revelan aquí como puentes y nexos de interacción, conflicto e interrelación social, biológica y cultural entre poderes, sociedades y culturas.

También preferiremos hablar de *los Mares del Sur* porque nos permite el diálogo con el referente del *dongxiyang* chino,

los mares del Este y del Oeste, que se proyecta hacia el espacio indopacífico, vislumbrado con la llegada de los europeos, y siempre gravitando alrededor de la centralidad imperial sónica. En este libro nos fijaremos especialmente en los mares del Este, *dongyang* (es decir el Pacífico occidental insular, que incluye el archipiélago de Filipinas y la isla de Taiwán).

Es éste un libro de historias más que de historia: un libro de historias transpacíficas, coloniales, comerciales y misionales; globales y locales al mismo tiempo.¹ Es un libro de historias, también, porque intentaremos construir y analizar un paisaje fronterizo, que aspira a ser matizado y reflexivo, a partir de relatos concretos y episodios potencialmente reveladores: no se pretende aquí contarlo todo, sino forjar, a través de un cruce de narrativas y perspectivas, un mundo de viajes, intercambios, influencias y dominaciones.

Nos situamos al margen de cualquier estricta compartimentación disciplinar: no estamos exactamente ni ante un libro sinológico, ni filipinista, ni de historia misional. Se aspira a construir un relato crítico, en el que ya el orden y las prioridades del discurso, el encaje y, en definitiva, la forma que adoptan las piezas produzca conocimiento; en el que el ritmo y la textura de la argumentación, el enfoque, la concreción imaginativa y conceptual, así como aquello que se omite o se sugiere se nutran, en alguna medida, del aliento de la palabra literaria, no entendida aquí como oropel embellecedor sino estrictamente como herramienta cognitiva, y así hacer posible que emerja, con alguna nitidez, una imagen consistente de las zonas de contacto y los espacios fronterizos de la Eurasia marítima que se proyecta hasta las costas del Pacífico hispanoamericano.

Esto no quiere decir que hayamos decidido acampar en los jardines de lo anecdótico y lo meramente narrativo, ni que

¹ Gould, 2007; Subrahmanyam, 1997; Bertrand, 2007; Gruzinski, 2001.

creamos que todo es discurso o que todo es ficción, ni que renunciemos a interpretar o incluso teorizar los procesos históricos que se conjuran, ni que renunciemos a inserirlos en los debates historiográficos que les conciernen. La materia ante la que nos encontramos es relevante en algunos debates de alcance global y de gran actualidad.

Daremos la palabra o veremos en acción—diplomática, intercultural y evangelizadora—a misioneros franciscanos, jesuitas y dominicos vinculados a la Monarquía hispánica de los Austrias, que convivieron largo tiempo con los chinos de Manila o del interior del Imperio de los Ming o de los Qing, que hablaron sobre China, que tradujeron del chino o bien al chino, y que incluso redactaron tratados doctrinales, devocionales o científico-técnicos en lengua china, y que han recibido una escasa atención: Juan Cobo (Gao Muxian), Michele Ruggieri (Luo Mingjian), Diego de Pantoja (Pang Diwo), Victorio Riccio (Li Keluo), Antonio de Santa María Caballero (Li Andang), Juan Bautista Morales (Li Yufan), François de Rougemont (Luriman), Domingo Fernández de Navarrete (Min Mingwo), Adriano de las Cortes (Lasi Keertesi), Buenaventura Ibáñez (Wen Dula), Pedro de la Piñuela (Shi Duolu), Francisco Varo (Wan Jiguo)...

Evitaremos los modelos rotundos, siempre dispuestos a dejar fuera de juego a actores y variables históricas significativas con tal de no sacrificar la geometría del dibujo. Preferiremos la narración crítica y razonada de los hechos, y sus episodios y sus detalles, inconclusos, provisionales y complejos: con facetas sociales, políticas, económicas y culturales. Evitaremos la ilusa proyección de supuestas políticas económicas y fronteras nítidas de entidades nacionales anacrónicas sobre unos mundos asiáticos de la primera modernidad que eran mucho más fluidos, precarios y transitorios que todo eso, con planos superpuestos, identidades cruzadas, redes diaspóricas, imperios en la sombra, fronteras porosas y provincias periféricas con intereses propios. No sim-

patizaremos ni poco ni mucho, ni con unos ni con otros. Escribiremos desde un uso más amplio de fuentes primarias castellanas, complementadas por fuentes primarias chinas y, en menor medida, portuguesas o italianas.

Tenderemos a usar topónimos y gentilicios habituales en el período que nos ocupa. No por exotismo historiográfico, sino con el fin de evitar el anacronismo de las proyecciones contemporáneas sobre las realidades de la era moderna. Hablaremos de la isla Hermosa (Taiwán) o de los castillas de Luzón y las islas de los Pintados, de los japoneses o de los chinas... En otro orden de cosas—de escala geográfica que no temporal—, hablaremos también de los sujetos de la región: de los manileños, de los macaenses, de los holandeses de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC, Verenigde Oostindische Compagnie), de los chinos de la región del Minnan, al sur de la provincia de Fujian, en la medida en que en todos ellos recae el protagonismo, la experiencia histórica y la agencia de buena parte de lo que aquí se narra.

No abogamos aquí ni por la imperiofobia ni, evidentemente, por la imperiofilia, ni juzgamos intenciones ni defendemos posiciones; apenas intentaremos narrar y entender la complejidad, pero en cualquier caso nos situamos radicalmente en las antípodas del indisimulado patriotismo autoritario y nostálgico que late bajo algunos de los nuevos (pero al mismo tiempo viejísimos) planteamientos historiográficos que, en nombre del lícito cometido de desmentir tópicos infundados y leyendas negras, distorsionan los sucesos, minimizan la explotación, el expolio, la aculturación, el genocidio cultural, la violencia o el conflicto en la expansión imperial europea en general e hispánica en particular. Estas operaciones de simplificación interesada dibujan un idílico y paternalista expansionismo civilizador europeo, donde se comerciaba y se transferían gentilmente bienes, religiones, valores, lenguas y producciones culturales, en el que se pretende fundar el orgullo de la Gran Nación Fuerte del pre-

sente, digna y gloriosa (y acrítica) heredera del viejo Imperio.

Así, por ejemplo, bajo el palio de este espurio paradigma nostálgico podríamos hablar largamente de las glorias misionales, comerciales y culturales del Galeón de Manila y de la provechosa simbiosis mercantil y municipal sino-hispánica en Manila, pero no sería de buen tono detenerse en exceso—o siquiera mencionar—el reverso de este relato: las decenas de miles de chinos que murieron en la extinción, a sangre y fuego, de las distintas rebeliones sangleyes que se sucedieron en Manila en el siglo XVII. Una menudencia, una excusa, una nota a pie de página a lo sumo.

Dos derivas imperiales asiáticas marcaron decisivamente el curso de la experiencia histórica de los ibéricos de Asia Oriental en aquel período: por un lado, el ascenso al poder en Japón de Tokugawa Ieyasu, que fundaba el sogunato Tokugawa en 1603, dejaba atrás la política expansiva de Toyotomi Hideyoshi y propiciaba un aumento en el flujo de plata japonesa en Asia Oriental, rompiendo el monopolio portugués en el comercio de intermediación sino-japonés, con la apuesta alternativa por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en Hirado y Dejima.

Por otro lado, es también determinante el impacto, en el flanco sur de la China marítima, del cambio dinástico que se produjo con la caída de los Ming y el acceso de la dinastía tártara (manchú) de los Qing en 1644: convirtió la isla de Taiwán (la isla Hermosa castellana y la Formosa portuguesa) en reducto resistente de los Ming, y dio un renovado protagonismo histórico a las redes marítimas y a las comunidades mercantiles informales de la región del Minnan, del clan talasocrático de los Zheng—definidos como piratas por sus rivales—, que señoreaban desde décadas atrás los mares del sur de China, hasta entonces con flotas que oscilaban, según el contexto, entre el comercio, el contrabando, la defensa costera, la rebelión antimanchú o la piratería.

Dos procesos históricos europeos repercuten también de-

cisivamente en la experiencia histórica de los ibéricos de Asia en aquel período: por un lado, la unión dinástica entre Castilla y Portugal a partir de 1580 bajo la Corona del rey Felipe II de Castilla y I de Portugal; por otro lado, la rebelión de Flandes, en contra de la implantación del Santo Oficio de la Inquisición que impulsó el rey Felipe II. La internacionalización del conflicto hispano-neerlandés entre la Monarquía hispánica y las Provincias Unidas en la guerra de Flandes, también llamada guerra de los Ochenta Años (1567-1648), tuvo un eco disruptivo en Asia Oriental a finales del siglo XVI, con la acción de la VOC. La vertiente asiática de los Mares del Sur se convirtió, así, en un escenario de hostigamiento bélico, que no se detuvo ni durante la tregua de los doce años (1609-1621), ni después de la Paz de Münster de 1648.

Transitaremos apenas algunas de las historias y protagonismos de este friso inacabable. Las que nos han parecido más plausibles y reveladoras. Aunque arrancaremos de algunos siglos atrás, el arco cronológico central en el que se instala este libro nos sitúa entre la década de 1570 y la década de 1680. El ciclo histórico del siglo largo y desplazado que rastrea este libro se abre con la conquista castellana del sultanato islámico de Manila, en 1571, y empieza a cerrarse paulatinamente tras la magna y amenazante embajada que llega a Manila desde Taiwán en el año 1662. En esta embajada, el Cuesing, Zheng Chenggong (muy crecido y poderoso tras haber expulsado a los holandeses de la isla Hermosa, es decir Formosa, Taiwán), advertía a los manileños de su intención de invadir de forma inminente Luzón si no se sometían en régimen tributario a los Ming del sur en Taiwán. Van cerrando este ciclo, también, la conquista española de las islas Marianas entre 1668 y 1695, la conquista de Taiwán por parte del Imperio Qing en 1683, el decreto de apertura del comercio y la navegación del emperador Kangxi en 1684, y el decreto de expulsión de los chinos de Manila en 1686.

Las historias que aquí se exponen ocurren en los puertos, las costas, los mares y los océanos de las regiones del Asia-Pacífico, entre el sur de Fujian, Manila, Guajam (Guam) y Acapulco; entre Batavia, el Maluco, la isla Hermosa y Nagasaki... Aunque el principal protagonismo y la perspectiva dominante se otorga en este libro a los castillas y a los criollos novohispanos, a sus escritos y a sus asentamientos en las islas Filipinas (inicialmente conocidas como islas de San Lázaro o islas de Poniente), las islas del Maluco (es decir la especiería de las Molucas), la isla Hermosa (Formosa, Taiwán) o las islas de los Ladrones (Marianas), observaremos su empresa colonial, comercial o misional de expansión asiática como un punto de partida hacia otros puertos y otros ámbitos: nos interesan los castillas de Manila sobre todo en su relación con los chinas del sur de Fujian, sus redes diaspóricas y las dinastías que se suceden en el Imperio chino en el período, pero también en su relación con los portugueses de Macao, con los holandeses de Batavia o de Fort Zeelandia, en el sur de la isla Hermosa, con los japoneses de la isla de Kyūshū, con los taparri y quimaurri de la isla Hermosa, con los chamorros de las islas de los Ladrones, con los mercaderes criollos y los gobernantes mexicanos...

Exploraremos un espacio fronterizo marítimo, híbrido y socialmente construido: el *locus colonial* del Asia Oriental sino-hispánica, transpacífica y euroasiática: un espacio en el que confluyen y entran en contradicción los intereses de distintos imperios y de diferentes diásporas, enclaves y sultanatos en competencia y cooperación; un espacio fronterizo poroso, donde se suceden y superponen los desencuentros diplomáticos, el comercio intercultural, las conquistas, los conflictos violentos y los exterminios, y también la circulación de gentes, ideas, ficciones, obras de arte, conocimientos, cultos, creencias y mutuas percepciones.¹

¹ Arriaga, 2012, 71-97.

Transitaremos estas fronteras marítimas y oceánicas no como quien traspasa herméticos muros infranqueables o anacrónicas aguas jurisdiccionales de Estados o imperios del presente, o bien horrendos espacios vacíos, sino como quien explora *heterotopías* foucaultianas o *zonas de contacto*, y no por el gusto morboso de usar raros palabras sabios, sino por la necesidad de reconocer unos espacios socialmente construidos, donde surgen fórmulas singulares e inéditas de convivencia y de conflicto. Exploraremos, así, el surgimiento de los procesos de «co-colonización», de sinergia entre redes marítimas informales chinas y poderes imperiales periféricos europeos, el surgimiento de las ciudades euroasiáticas del siglo xvii y la configuración de los primeros *chinatown* de la historia.¹

Se invoca aquí la ciudad de Manila entendida como un espacio triplemente fronterizo en relación con Fujian, en relación con Nueva España y en relación con la constelación de puertos asiáticos que articula, como irradiación y como ámbito de intercambio y conflicto. Se trata de un espacio fronterizo construido por distintos sujetos (asiáticos, europeos y criollos novohispanos). Esta perspectiva se aleja de la visión de Filipinas como mero apéndice estratégico imperial, espacio insular y colonial encapsulado, cerrado, explicable por sí mismo, o a lo sumo como mera prolongación administrativa asiática del virreinato de Nueva España (condición que, en efecto, ostentaba y que aquí, por supuesto, se contemplará) o como cabo asiático de una ruta comercial con Acapulco, o como espacio de frontera misional ante los musulmanes e infieles asiáticos, o como una mera zona de seguridad o «frontera extendida» o «Estado tapón» (recurriendo a conceptos de George Nathaniel, lord Curzon) de la Monarquía hispánica y de la empresa misional católica. En definitiva, como el mero fruto de una estrategia mercantil, imperial y misional

¹ Steinberg, 2001.

de contención asiática ante los posibles avances holandeses o británicos en la era moderna, y ante las supuestas estrategias comerciales, presuntamente compactas y consistentes, de los imperios de China y Japón.

El centro de gravedad del mundo que aquí invocamos no está en la metrópoli peninsular sino en la ciudad de Manila y su puerto de Cavite, que acoge, al ritmo estacional de los monzones, los navíos procedentes de Anhai, Xiamen, Yuegang, Macasar, Jilong, Taoyuan, Macao, Nagasaki, Hirado, Borneo, Guajam (Guam)... Es éste el puerto del que parte y al que llega cada año el galeón transpacífico, que surca los Mares del Sur y lo une con Acapulco. El centro de gravedad de este libro se mueve, en realidad, entre el sur de la provincia de Fujian y la ciudad de Manila, en la que conviven (en una muy provechosa simbiosis colaborativa de comercio intercultural y vecindad cotidiana, no exenta de desconfianzas y tensiones y de una brutal violencia que explota unas cuantas veces a lo largo de este período) unas pocas decenas de miles de chinos, unos cuantos cientos o miles de japoneses, cifras variables de «naturales» de las islas (austronesios, tagalos), algunos armenios, indios, persas, franceses, ingleses o italianos, y, en la cúspide de intramuros, algunos cientos o algunos escasos miles de frailes, curas, soldados, almaceneros, funcionarios y comerciantes castellanos (no pocos de ellos, vascos) o criollos mexicanos, súbditos de la Monarquía hispánica, dependientes orgánicamente de la metrópoli del México novohispano.

Todos ellos conviven concentrados en una urbe abigarrada, que otea el mar y se coloca casi de espaldas al resto de la colonia filipina, donde viven, dispersos, algunos miles de misioneros, donde viven los naturales de las islas—los tagalos de las llanuras arroceras cercanas a Manila, los ilocanos o pampangos de Luzón, los igorotes y «negritos» de las montañas del centro de la isla, los «pintados» del archipiélago de las islas Bisayas, los «moros» de los enclaves meridionales

de Mindanao o el mar de Sulú (Joló)—, y donde viven, ya algo más lejos, también, los taparri y quimaurri del norte de Taiwán y los chamorros de la isla de Guajam (Guam) o de Saipán, en el archipiélago de los Ladrones (Marianas), donde recalaba el galeón en su travesía desde Acapulco.

Todos ellos son austronesios, habitantes de un territorio insular de frontera, en aquel momento, en buena medida, repartidos entre los ámbitos de influencia misional de las distintas órdenes religiosas. Y, en buena medida, todos ellos quedan excluidos y desplazados de la centralidad social, económica y política de sus territorios por la acción perturbadora de estas nuevas redes colonizadoras, de un comercio regional y global que se multiplica exponencialmente en pocas décadas con el Galeón de Manila y con las redes mercantiles regionales que convergen en Manila, atraídas por la plata americana, desde una constelación de puertos asiáticos.

La perspectiva manileña adoptada en este libro encuentra un contrapunto fujianés en las bahías de Yuegang o de Xiamen y Anhai. Desde estos y otros puertos asiáticos, se puede transitar rápidamente de lo local a lo global: desde ellos podemos asomarnos a la urdimbre de las redes (imperiales, mercantiles y misionales) del siglo XVII sino-hispánico, transpacífico y euroasiático. Inevitablemente, este tránsito oscurece y deja en un segundo plano la experiencia histórica de los naturales de las islas: pobladores austronesios, malayo-polinesios. Nos lleva, por el contrario, a escrutar con mayor atención la acción urbana y marítima emprendida, desde el viejo sultanato de Manila y desde sus viejas redes de conexión, por los nuevos colonizadores y migrantes: súbditos o fugitivos de tres o cuatro imperios y de alguna república lejana...



Mapa de Asia Oriental

EL EUNUCO Y LOS JUNCOS DE ULTRAMAR

LAS JIRAFAS DE LA CIUDAD PROHIBIDA

De cómo llegaron a la capital del sur del Imperio regalos inusitados

El 20 de septiembre de 1414, el sultán bengalí Saif al-Din Hamzah Shah viajaba a Nanjing, capital del gran Imperio Ming. Lideraba la embajada que ofreció al emperador Yongle un memorial y decenas de regalos a modo de tributo y homenaje, entre los que destacaba una jirafa. No era en absoluto extraño en aquellos años que las frecuentes embajadas que se recibían en la Corte imperial china aportasen animales exóticos a modo de presente. Osos de Siam, rinocerontes y elefantes de Champa, loros y pavos reales de Java, avestruces de Adén ocupaban un lugar de honor en el Jardín Prohibido (Jinyuan) de Nanjing, en el que se reunían también cebras, tigres, gacelas o camellos, habituales moradores, ya desde tiempos de la dinastía Tang, de los jardines imperiales.

No sólo en China se recibían exóticos animales a modo de preciado obsequio. En realidad, la jirafa bengalí era un regalo de segunda mano; había sido previamente entregada, también como presente diplomático, pocos años antes, con ocasión de la conmemoración del ascenso al trono del nuevo sultán bengalí, en una embajada del máximo mandatario de la ciudad africana de Melinda, en la costa *swabili*. También a las cortes europeas llegaban jirafas; especialmente celebrada fue la que recibió Lorenzo el Magnífico de Médici en 1486, de manos de Al-Ashraf Kait-Bey, sultán mameluco de Egipto. Los majestuosos paseos de esta jirafa egipcia alrededor de los palacios florentinos causaron una admiración sin medida entre sus ciudadanos. Angelo Poliziano y Antonio Costanzo

la inmortalizaron en sus obras, y aparece en los lienzos de no pocas fantasías orientalizantes.

La jirafa era, por aquel entonces, en China, un animal más que exótico, desconocido, a pesar de que, ya en 1225, Zhao Rugua, inspector de aduanas del puerto fujianés de Quanzhou, había registrado, en su fascinante y maravillosa *Gaceta de los pueblos bárbaros* (*Zhufan zhi*), una descripción (también de segunda mano) de un raro animal llamado *zula* (probablemente como derivación del nombre árabe, *surafa*, *zaraafa* o *sarafa*), que parecía tener piel de leopardo, pezuñas de vaca, cuerpo de tres metros de altura y un cuello que se elevaba hacia el cielo más de un metro por encima del cuerpo.

La llegada de la primera jirafa a la Corte de Nanjing causó gran conmoción. Nadie la relacionó con la *zula* de Zhao Rugua, sino con el *qilin*, una bestia mitológica autóctona. La palabra *swahili* que designa a la jirafa es *giren*, una palabra de pronunciación relativamente cercana a *qilin*, animal fabuloso que Jorge Luis Borges identifica en su *Libro de los seres imaginarios* como el unicornio chino, y que se encuentra entre los cuatro animales con más resonancias mitológicas en China, junto con el dragón, el fénix y la tortuga. Las descripciones chinas de este animal auspicioso presentan un muy vago parecido con las jirafas. Pero no debe extrañarnos que los embajadores bengalíes se apresurasen a reforzar la identificación entre el *giren* africano y el *qilin* chino: así aumentaba el capital simbólico de su regalo.

La aparición de animales extraordinarios, como lo son el dragón o el *qilin*, ha sido siempre interpretada por la tradición china como un signo de buen augurio: un signo de conformidad y legitimación cosmológica del Mandato Celeste (Tianming) hacia la virtud del emperador reinante. Sólo es posible la aparición de un ser maravilloso como el *qilin* cuando se dan circunstancias singulares y tiempos virtuosos, como lo fue el día del nacimiento de Confucio. Así pues, la jirafa africana presentada por los embajadores bengalíes fue

recibida en la Corte con regocijo, como un ser benéfico y venerado. Y eso que no fue el único animal raro ofrecido en aquella embajada: también se tiene noticia de la presencia de un prodigioso tigre vegetariano, es decir, budista, según la entonces imperante concepción religiosa—que no dietética—de la renuncia a la ingesta de carne.

Aquel 20 de septiembre de 1414, con motivo de la llegada a la Corte de Nanjing de este venturoso animal, presente de los embajadores de Bengala, el Ministerio de los Ritos propuso la redacción de un memorial de celebración que alabara la aparición del *qilin*, la jirafa-unicornio. El emperador Yongle rehusó esta proclama con una modestia que no se ajustaba en absoluto a su habitual y ostensible megalomanía: «Dejad que los ministros desde bien temprano hasta el atardecer se ocupen de contribuir a que el gobierno mantenga el orden y bienestar del mundo. Si todo lo que hay bajo la capa del cielo está en paz, incluso sin el *qilin*, no hay nada que entorpezca el buen gobierno. Hay que omitir por lo tanto las congratulaciones».¹

Enterado de la extraordinaria acogida que había tenido la jirafa bengalí, el sultán de Melinda decidió enviar personalmente otra jirafa al emperador Yongle. Este segundo *qilin* fue acogido con gran ceremonia a la puerta de Fengtian dian de Nanjing. Entre los presentes aportados por los embajadores africanos de Melinda había, además de la jirafa-*qilin*, un caballo celeste—es decir, una cebra—y un ciervo celeste—es decir, un *Oryx*—.

A pesar de la inicial renuencia imperial, estas entregas de jirafas-unicornio y otros animales maravillosos fueron inmortalizadas por los miembros de la Academia Imperial de Hanlin, que compusieron poemas de elogio al emperador, alabando las virtudes benéficas y premonitorias de la jirafa *qilin* y del resto de los presentes. También fueron inmortalizadas por los pintores de la Corte.

¹ Duyvendak, 1949, 33.